

## “¿SE DEBE EVANGELIZAR A LOS NIÑOS?”

(Domingo 27 de abril de 2014)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)  
(No. 546)



***“Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños” (Mateo 18:14)***

¿Acaso nacen los niños con pecado?

No. La Biblia dice que los bebés son inocentes. Cuando el pueblo de Israel adoptó la costumbre pagana de sacrificar a sus hijos, Dios los amonesta y les dice que la sangre derramada de sus pequeños es sangre inocente: ***“Sacrificaron sus hijos y sus hijas a los demonios, y derramaron la sangre inocente, la sangre de sus hijos y de sus hijas, que ofrecieron en sacrificio a los ídolos de Canaán, y la tierra fue contaminada con sangre” (Salmo 106:37-38).***

Hay una corriente de pensamiento humano que afirma que los niños nacen con el pecado original, es decir, que el pecado de Adán y Eva se va transmitiendo de generación en generación, por herencia sanguínea. Eso no es verdad, el pecado no se hereda de padres a hijos. Dios dice en su Palabra: ***“Y si dijereis: ¿Por qué el hijo no llevará el pecado de su padre? Porque el hijo hizo según el derecho y la justicia, guardó todos mis estatutos y los cumplió, de cierto vivirá. El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él” (Ezequiel 18:19-20).***



Los niños al nacer son santos, no tienen pecado, ni tienen culpa. Dios mismo los ha creado haciendo su cuerpo, su alma y su espíritu. El bebé desde que es concebido es obra de Dios. Dice el profeta Oseas que cuando Dios decidió castigar a Israel, a quien también llama Efraín, le quitó los nacimientos, los embarazos y las concepciones: ***“La gloria de Efraín volará cual ave, de modo que no habrá nacimientos, ni embarazos, ni concepciones” (Oseas 9:11)***, lo cual nos indica que el Único dador de vida es Dios y ÉL no puede producir una obra pecaminosa.

La misma Biblia dice que cuando Dios creó al hombre, lo hizo a su misma imagen y semejanza: **“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27)**. Lo mismo hace Dios con cada bebé que ÉL hace vivir. **“He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre” (Salmo 127:3)**.

Los niños son sin pecado, por eso, nuestro Señor Jesucristo dijo que todos debemos ser como niños si queremos entrar en el reino de los cielos. **“Y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18:4)**.

Lo que sí es cierto, es que el hombre nace con una inclinación, una tendencia hacia el pecado. Pero un niño será culpado de pecado hasta que sucedan por lo menos dos cosas: (1) Que cometa un acto que transgreda las leyes de Dios. Dice la Biblia: **“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4)**. (2) Que Dios encuentre maldad en su corazón. Así dice la Biblia: **“Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad” (Ezequiel 28:15)**.

Como desconocemos el momento preciso en que un niño pasa de ser inocente a ser pecador, ellos deben ser enseñados en todas las verdades de la Palabra de Dios desde temprana edad. Ellos deben conocer desde pequeños las Sagradas Escrituras. La Biblia dice de Timoteo: **“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quien has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:14-15)**.

Los niños deben conocer acerca de Dios, de Jesús y su gran sacrificio de amor, de las virtudes cristianas y de los deberes que como hijos de Dios tenemos. Pero también deben saber acerca de temas difíciles como el diablo, la condenación eterna, el infierno, la muerte, el castigo de Dios, etc.

Nuestro Señor Jesucristo habló de estos mismos temas teniendo a un niño en sus brazos: **“Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo:” (Marcos 9:36)**.

Los niños deben saber desde sus cunas que Jesús es el Salvador. Ellos tomarán la decisión de aceptarlo como Señor y Redentor de sus vidas cuando sea el tiempo que Dios mismo tiene establecido para ellos.

Vuelvo a decirlo, puesto que uno no sabe el momento exacto cuando un niño ha dejado de ser inocente y se convierte en pecador, por eso, se debe hablar de Cristo a los niños desde temprana edad, para que ellos conozcan que hay un Salvador y cuando en su tierno corazón sientan que lo necesitan, entonces, ellos lo invitarán a morar en sus vidas.



Muchos cristianos se convirtieron cuando eran niños. Las estadísticas muestran que cuanto mayor sea una persona, menor es la probabilidad de que se acerque a Cristo. La gran mayoría de personas aceptan la salvación cuando son menores, ya sea como niños o como adolescentes. Luego de esos años, el número de los que se entregan a Cristo se reduce de año en año.



Usted puede comprobarlo en nuestra iglesia. Pregunte a un grupo de hermanos a qué edad se entregaron a Cristo y es casi seguro que muchos de ellos, o la mayoría, lo hicieron siendo niños o jovencitos. El Señor Jesús dijo a su Padre: ***“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños” (Mateo 11:25).***

Con tanta frecuencia el adulto orgulloso, superior, intelectual, no ve, o no quiere ver, las verdades espirituales de la Palabra de Dios. Es más bien el niño quien con simpleza, humildad y confianza ve y acepta la verdad de Dios. Cuando alguien niega la posibilidad que un niño sea salvo debido a su falta de intelecto, respondemos que muchas veces es precisamente esta «falta de intelecto» la que hace que tenga más probabilidad (y no menos probabilidad) de entender lo que Dios dice. Con frecuencia, lo que se es de niño determina lo que se será de adulto.



Déjeme contarle acerca de un avivamiento que sucedió en Escocia en 1839. El pastor de la iglesia de San Pedro en Dundee, Escocia, Robert Murray McCheyne (1813-1843) caracterizó su ministerio en una profunda santidad personal, oración, compasión por los perdidos, poderosa evangelización y tenaz consejería. El avivamiento comenzó en su congregación y pronto se difundió por toda Escocia y miles se convirtieron. Tenía un verdadero amor hacia los niños y creía en la necesidad de evangelizarlos. Dice el relato: «En la iglesia de McCheyne y sobre todo durante el avivamiento, se convirtieron muchos niños». Él mismo escribió acerca de su iglesia: «Los que hacen la obra de Dios en este lugar creen que los niños están perdidos y que pueden ser salvos por gracia, y por lo tanto han hablado con los niños de igual manera que con los adultos; y Dios ha honrado su obra de tal manera que muchos de los diez años para arriba han dado evidencia de haber nacido de nuevo». También dijo en una ocasión: «La mayor parte de los que alcanzan la salvación, se refugian en Cristo en su juventud... Aquellos de mayor edad ya eran demasiado sabios y prudentes para ser salvos por la sangre del Hijo de Dios y él lo reveló a los que eran menores y menos sabios... Si le preguntas a cristianos adultos, la mayoría te dirá que tomaron conciencia de la necesidad de su alma siendo jóvenes. Este es un fuerte motivo para buscar un temprano acercamiento a Cristo. Si no es salvo en su juventud, es probable que nunca lo será. La juventud es el tiempo de conversión.»

En un sermón sobre la familia dijo: «Satanás difunde una especie de falsa modestia entre los padres para que no pregunten a sus hijos: "¿Has hallado al Señor?". A la luz de la eternidad esto se verá como gran pecado... empiece esta noche. Hable con ellos en privado y pregúnteles: "¿Qué ha hecho Dios por tu alma?"»

John Cotton, conocido pastor del siglo XVII y teólogo puritano en Norteamérica, dijo: «Los niños pequeños son flexibles y se les puede moldear con facilidad. Es mucho más fácil capacitarles hacia lo bueno ahora que hacerlo en su juventud y madurez».

Nuestro Señor Jesucristo enseñó a sus discípulos la parábola del sembrador. En ella se describen cuatro clases de terreno: (1) El de junto al camino; (2) El de pedregales; (3) El de espinos y (4) El de buena tierra. Cuando el Señor explicó a sus seguidores el significado de esos cuatro terrenos dijo: (1) El de junto al camino es un terreno duro donde la semilla no penetra y viene el malo y la arrebató. (2) El de pedregales simboliza la aflicción o la persecución por causa de la Palabra. (3) El de espinos representa el afán de este siglo y el engaño de las riquezas que ahogan la Palabra y se hace infructuosa. (4) El de buena tierra es el que oye la Palabra y la recibe con gozo y da fruto a treinta, a sesenta y a ciento por uno.



Quiero hacerle notar que los tres primeros terrenos, que no son otra cosa que los corazones humanos, son característicos de los adultos: Dureza, aflicción, persecución, afanes y engaños. Por eso, la Palabra de Dios no haya fácil cabida en ellos. Pero un niño no tiene esos obstáculos. Su corazón está limpio de afanes y de preocupaciones, su corazón es buena tierra ideal para la semilla del evangelio. El niño aún no ha aprendido los engaños del orgullo, las mentiras de la ambición, las ilusiones de lo mundano, los ardides del comercio, los sofismas de la filosofía; y en ese sentido está en ventaja sobre el adulto. En todo caso, el nuevo nacimiento es obra del Espíritu Santo y él puede obrar igualmente en la juventud como en la madurez.



Carlos Spurgeon escribió: “La capacidad de creer es más fuerte en el niño que en el adulto. Al crecer nos volvemos menos capaces de tener fe; cada año hace que la mente no regenerada se aleje más de Dios y sea menos capaz de recibir las cosas de Dios”.

Dénsenos los primeros siete años de vida de un niño con la gracia de Dios, y podremos desafiar al mundo, a la carne y al diablo que intenten malograr esa alma inmortal. Esos primeros años, cuando la arcilla está aún suave y amoldable, contribuyen mucho en dar forma al vaso.

La mente en los primeros años tiene mucha plasticidad. Los primeros siete años de nuestra existencia con frecuencia moldean a todos los demás. En todo caso, démosle al niño enseñanza santa durante los primeros doce años de su vida y será difícil borrarla. ¿No dice así la Santa Escritura?: **“Instruye al niño en su camino, Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” (Proverbios 22:6).**

El niño no tiene prejuicios, ni teorías ya formadas ni nada que pueda negarse a renunciar; el niño cree lo que Jesús dice.

¿Cuál es la capacidad que falta? ¿La capacidad de creer? Les digo que los niños la tienen en mayor medida que los adultos. No me refiero ahora a la parte espiritual de la fe, pero en cuanto a la facultad mental existe una capacidad enorme en el corazón del niño para ejercer fe. Su facultad de creer aún no ha sido sobrecargada con supersticiones, torcida con mentiras, ni lisiada por incredulidad. Sólo dejemos que el Espíritu Santo consagre esa facultad, y alcanzará para producir abundante fe en Dios.

Las enseñanzas que demos a los niños serán las primeras y por ende las más duraderas; por tanto, que sean buenas, solamente buenas.



Con sincero aprecio  
Pastor Emilio Bandt Favela

## **RINCÓN PASTORAL:**

## **“ESCULTURA PLÁSTICA”**

Tomé entre mis manos, de plástico barro,  
Un suave fragmento, muy suave en verdad;  
Y dile mil formas caprichosamente,  
Cediendo al impulso de mi voluntad.

Después de algún tiempo el barro encontréme,  
Llevando aún impresa la forma final,  
Y quise, cual antes, cambiarlo al capricho,  
Más ya endurecido... ¿Qué pude? ¡Jamás!

Tomé entre mis manos el barro viviente,  
Que no es otra cosa la mente infantil.  
Muy suave y sensible mostróse y entonces,  
Con arte y cariño, mil formas le di.

Después de algún tiempo halléle ya un hombre,  
Llevando las huellas que yo le imprimí,  
Y quise, cual antes, cambiarle... ¿Qué pude?  
¡Así como estaba, quedóse por fin!

***“Instruye al niño en su camino, Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”  
(Proverbios 22:6)***